

1789 – 1889 – 1905
Karl Kautsky

(Versión al castellano desde “1789 – 1889 -1905”, en [MIA-Section Française](#). Publicado en *Le Socialiste*, 3 de mayo de 1905; escrito a mediados de marzo)

Desde que existe la fiesta de mayo todavía no se había celebrado ningún año en una situación tan tormentosa, tan revolucionaria. En Rusia ha estallado la revolución, se ha apoderado de las masas y está en marcha de forma que no puede ser detenida.

En verdad que, “entre la copa y los labios hay sitio para el infortunio”¹, y entre el momento en el que se escriben estas líneas (mediados de marzo) y el 1º de Mayo pueden todavía ocurrir muchas cosas inesperadas, puede derramarse mucha sangre, pueden enjugarse muchas derrotas. Pero aunque el zarismo descargue algunos golpes de fuerza y presente resistencia, todavía solo se trata de las últimas convulsiones de un animal de presa agonizante, y cuanto durante más tiempo persistan los soberanos y explotadores de las riberas del Neva en su lucha obstinada contra el enemigo de fuera y de dentro, más formidable será el hundimiento final, más terrible el caos que ahora tanto invocan. Rusia, y con ella todo el sistema de dominación del mundo “civilizado”, marcha hacia una catástrofe tan gigantesca como nunca se ha visto desde los días de la gran revolución francesa.

La manifestación del Primero de Mayo tiene lugar esta vez bajo estas circunstancias. Así se aproxima al carácter que tenía en su fundación más que en ninguna de las que la han precedido.

No solamente se fundó a título de demostración por la *jornada de ocho horas* y la *paz universal*, sino, además, como manifestación de la *revolución social*. Fue el centenario de la gran revolución lo que la hizo nacer, y fue decidida en una época que considerábamos como antesala de grandes acontecimientos revolucionarios.

Ya en 1885, Federico Engels declaraba en su prefacio a la nueva edición de *Revelaciones sobre el proceso de los comunistas de Colonia*, escrito por Marx, que “la próxima crisis social europea, que estallará dentro de poco” y señaló a propósito de esto que “los períodos de las revoluciones europeas 1815, 1830, 1848-52, 1870, se distancian de 15 a 18 años”²

Si por “crisis social europea” [sacudida] hay que entender una gran revolución política, este pronóstico de Engels no se ha cumplido, cierto. Y el filisteo (cuya filosofía culmina en esta profunda idea: “nada sirve para nada, podemos hacer lo que queramos que todo se mantiene en el antiguo estado de cosas”), este filisteo no se ha privado del placer de mofarse disimuladamente de Engels y sus amigos, que compartían sus previsiones, a causa de sus “vanas profecías”. Y, sin embargo, el triunfo del filisteísmo solo se basaba en su corta vista. Engels ha tenido razón por completo.

Su pronóstico se basaba en cualquier caso sobre la constatación general de que los conflictos de las clases, como los de las naciones, provenientes del modo de producción capitalista, durante períodos determinados van acumulándose y aumentando

¹ “Entre la coupe et les lèvres, il y a place pour un malheur”, frase de Plutarco retomada por Alfred de Musset en su poema “La coupe et les lèvres”. NdE.

² Carlos Marx, *Revelaciones sobre el proceso de los comunistas de Colonia*, Lautaro, Buenos Aires, 1946, página 30.

hasta que ya no es posible resolverlos con la práctica cotidiana; pero también que, a medida que devienen más considerables las tareas políticas provenientes de dichos conflictos, las clases dominantes temen cada vez más a las grandes transformaciones de las que ellas no pueden medir el alcance y que amenazan con subírseles a la cabeza. Así los obstáculos al progreso social y político van creciendo en la medida misma en que la creciente ansiedad social hace necesarios progresos enérgicos. El fin de esta evolución siempre es una poderosa sacudida política, una revolución que hace desaparecer violentamente los obstáculos al progreso y vuelve a hacer posible que durante algún tiempo prosiga la evolución social.

Igual que el modo de producción capitalista engendra necesariamente, desde el punto de vista económico, el ciclo que va del auge económico a la crisis, también desde el punto de vista político engendra el ciclo que va de la estagnación política, o de la reacción, a la revolución. Pero si la experiencia nos enseña que el *ciclo económico* se cumple en general en un período de diez años³, también muestra que el *ciclo político* es más largo, que necesita de quince a veinte años.

Estaba pues perfectamente justificado que Engels y sus amigos esperasen una nueva sacudida política para finales de los años 89 o siguientes del siglo pasado. Toda la situación política justificaba este punto de vista. El centro de gravedad política de Europa, que anteriormente se encontraba en Inglaterra y Francia, se había transferido desde 1870 a Alemania. Pero allí los obstáculos a un progreso político pacífico habían sido llevados al colmo con la ley contra los socialistas; el régimen bismarckiano se iba desgastando cada vez más completamente y no podría mantenerse más que mediante la fuerza: pero a causa de ello sufría fracaso tras fracaso. El hundimiento de este sistema estaba próximo; no obstante, ¿qué podía provocar si no una fuerte sacudida europea?

En la antevíspera de esta sacudida fue cuando el Congreso Internacional de París de 1889 decidió la manifestación de mayo. Así, desde su mismo nacimiento, los espíritus de la revolución estaban junto a ella como guardianes (el espíritu no solamente de la gran revolución pasada que inauguró en Europa el sistema de los ciclos económicos y políticos, sino, también, el espíritu de la revolución futura, de la que tantos de entre nosotros esperábamos que también sería una *gran* revolución, la última de las revoluciones, el fin de los ciclos de crisis políticas, y, en consecuencia, económicas).

Pues bien, esta *gran* revolución no se produjo y de ello concluyeron los filisteos que la profecía de Engels se había hundido miserablemente en el agua. Pero lo que se ha producido es esa *sacudida europea*, aunque bajo una forma menos visible, de modo que pocos la reconocieron de primeras. La ley contra los socialistas desapareció y cayó el manto, el duque se desvaneció, el régimen de Bismarck se hundió.

En verdad, por considerable que haya sido esta sacudida, no alcanzó la fuerza de una revolución. El proletariado era todavía demasiado débil y el liberalismo burgués demasiado decadente ya para estar en situación de aprovechar la nueva situación barriendo enérgicamente todos los obstáculos que se oponen al progreso. Y, sin embargo, fue lo bastante fuerte como para traer algunos años de vida política intensa y de múltiples progresos en toda Europa. Entonces Francia obtenía la jornada de diez

³ En 1894 al menos como más tarde, fecha de primera edición del Tercer Tomo de *El Capital* en alemán, Engels reconocía que “se ha operado aquí [en el ciclo industrial] un viraje desde la última gran crisis general. La forma aguda del proceso periódico con su ciclo de diez años que hasta entonces venía observándose parece haber cedido el puesto a una sucesión más bien crónica y larga de períodos relativamente cortos y tenues de mejoramiento de los negocios y de períodos relativamente largos de opresión sin solución alguna.” *El Capital*, Fondo de Cultura Económica, México, 1972, Tomo III, página 459, nota a pie de página n° 3. NDE.

horas (1892) y una importante representación socialista en el parlamento; Bélgica el derecho de sufragio universal, aunque no igual (1893); el gobierno Gladstone, bajo la presión de un nuevo unionismo que tomaba una pujante fuerza, pensaba seriamente en la jornada de diez horas; se puede considerar como un último empuje de este período de progreso la agitación por el sufragio universal en Austria (1896) (no solamente la última, es cierto, pero sí la más débil pues la nueva ley electoral constituía la más amarga de las ironías contra la reivindicación del derecho al sufragio *igual*).

Así, la “crisis social europea” había llegado justo en el momento en el que debía producirse según el cálculo de Federico Engels. Pero no había sido una revolución hablando con propiedad, dejaba subsistir una multitud de trabas al progreso, dejaba permanecer sin solución una multitud de cuestiones ardientes planteadas anteriormente. Muy pronto le faltó el aliento, llegó la calma. Cuanto más grandes habían sido las esperanzas que se habían depositado en la futura sacudida, más grande fue la desilusión causada por sus mínimos efectos. En los últimos años del siglo XIX, más de uno dudó por completo que pudiésemos alcanzar ese objetivo. Otros hicieron de la necesidad virtud, descubriendo que, precisamente, esta estagnación política era el verdadero método del progreso, que de esta forma avanzábamos poderosamente y que únicamente podían contar todavía con catástrofes y sacudidas hombres cuyo pensamiento estaba completamente anquilosado en las tradiciones del pasado. Los partidarios de esta concepción nueva le decían adiós para siempre a la revolución, incluso también en un momento en el que se acumulaban los indicios que anunciaban la aproximación de una nueva *época revolucionaria*.

“La gente no huele al diablo jamás, ni incluso cuando lo tiene en la garganta”. Esto no es cierto solamente para el diablo, sino también para la revolución que, para todo bravo burgués, es la encarnación del Maligno. ¡Que Dios esté con vosotros!

Cuanto más corto tuvo el aliento el movimiento de 1890, más pronto debía llegar la más próxima “crisis social europea”, y llegó, puntual y exactamente; el 22 de enero, quince años después de las elecciones de carnaval que descargaron el golpe mortal al régimen de Bismarck, se realizó el levantamiento de los obreros de San Petersburgo que abrió la revolución rusa.

Pero esta será una revolución de un poderío mucho más fuerte que la sacudida de 1890. Proseguirá hasta el fondo todo lo que esta última dejó inacabado. Y tiene más potencia solo ya por el simple hecho de que ataca en el refugio de todas las reacciones y lo transforma en centro de la revolución. Si en 1890 la sacudida europea tuvo un curso tan tranquilo, ello se debía, entre otros motivos, a que coincidió con el completo ahogamiento de todo movimiento de oposición en Rusia. El zarismo había logrado una vez más abatirlo tras el gigantesco esfuerzo de 1878 a 1881 y aplastarlo, y precisamente en las cercanías de 1889 fue cuando el silencio sepulcral reinó en el inmenso imperio ruso. Hay que ser un “dogmático marxista” para tener el coraje, en el congreso Internacional de París en 1889, para aventurarse en la profecía que lanzó Plejánov con estas palabras: “El movimiento revolucionario triunfará en Rusia como movimiento obrero”. Ahora, por fin, ha comenzado este triunfo, triunfo no solamente del movimiento obrero, sino, también, del “dogma marxista” que permitía reconocer no solamente a la revolución aproximándose, sino, además, a su representante y agente, en unos tiempos en los que no se podía descubrir el más ligero aliento de un movimiento en el imperio de los zares.

Esta vez hay una revolución en Rusia, e incluso parece una revolución en la que las horcas campesinas juegan su papel; es la ruina de un régimen que ha empleado todos los enormes medios de acción de la civilización moderna para acrecer su explotación y prolongar su lucha contra la muerte en proporciones que superan en mucho a lo que

hizo el antiguo régimen en Francia en el siglo XVIII. Y si, durante la gran revolución francesa, la ruina del reinado feudal fue la ruina de una aristocracia que había heredado el espíritu y el refinamiento de la más alta civilización que hubiera existido hasta entonces, el hundimiento de ahora es el de un despotismo bárbaro al que su estupidez y salvajismo ponen en el más bajo grado de la vida intelectual en Europa.

Todavía no se pueden presentar qué formas revestirá este hundimiento gigantesco e inaudito, qué fuerzas desencadenará, qué acontecimientos lo cerrarán. Pero una cosa es segura desde el momento presente: *no se limitará a Rusia*; lleva a una sacudida europea. La ruina económica del estado ruso descargará un terrible golpe sobre el capitalismo en Europa, especialmente sobre el de Francia y Alemania que han gastado sin parar para apoyar al régimen asesino de Rusia los miles de millones que les extraen al proletariado de su país; hará temblar la constitución política de los estados vecinos de Rusia, y se extenderá a las nacionalidades fragmentadas que tan representadas están en el imperio ruso; provocará una profunda excitación en el proletariado del mundo entero y lo llamará al asalto contra todos los obstáculos que se oponen a su progreso.

Todavía no sabemos lo que se producirá, si el movimiento solo es una de esas sacudidas que se repiten regularmente en la sociedad capitalista europea o si será desde ahora mismo el inicio de la *Revolución*, de la última gran revolución que ponga fin al ciclo de las revoluciones del capitalismo para crear nuevas formas de evolución. Pero, sea lo que sea que ocurra, están ante nosotros grandes hechos, grandes luchas, grandes victorias. Y este es el sentimiento del proletariado en todas partes; se conmueve y se apresta con más ardor que nunca en mucho tiempo.

La manifestación de mayo de este año lo probará de la forma más clara. Si, aquí y allí, bajo la influencia de la calma y de la estagnación de estos últimos años, a veces se ha convertido en una inocente fiesta popular, este año será más que nunca lo que debía ser en sus inicios: la revista anual del proletariado preparado para la lucha social y sindical. No será un desfile pacífico, sino el reclutamiento del ejército que se prepara para el combate, para la guerra, para la guerra santa contra la explotación capitalista, contra la opresión política, guerra de la que actualmente se libra en Rusia una batalla decisiva que puede ser pronto lleve a Europa a una crisis.

Y no solamente en Europa; no, en todas partes donde hay un proletariado combatiente por su emancipación, la manifestación del Primero de Mayo de este año estará dominada por la idea de la Revolución, idea que ha dejado de ser un sueño del que se ríen los “políticos”, idea que de la noche a la mañana se ha convertido en una realidad, en una fuerza viva, perturbando y paralizando a nuestros adversarios, arrastrándonos a nosotros mismos hacia delante, estimulándonos para grandes cosas, para nuestro gran objetivo, para la supresión de toda explotación y servidumbre.



germinal_1917@yahoo.es